

Dimitri Laboury

AKHENATÓN

EL PRIMER FARAÓN

MONOTEÍSTA DE LA HISTORIA

Traducción de
José Miguel Parra Ortiz

la esfera  de los libros

Primera edición: octubre de 2012

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Título original: *Akhénaton*, publicado con licencia de Pygmalion, una división de Flammarion

© Dimitri Laboury, 2012

© De la traducción: José Miguel Parra Ortiz, 2012

© La Esfera de los Libros, S. L., 2012

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06

www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-9970-339-8

Depósito legal: M. 30.134-2012

Composición: Versal CD, S. L.

Fotomecánica: Unidad Editorial

Imposición y filmación: Preimpresión 2000

Impresión: Cofás

Encuadernación: De Diego

Impreso en España—*Printed in Spain*

INTRODUCCIÓN

Escribir la biografía de un rey del Egipto antiguo nunca resulta tarea sencilla, pues la ideología faraónica moldeó y permeó con tanta intensidad los monumentos que han tenido la fortuna de conservarse para la posteridad, que sin duda podemos —debemos— preguntarnos sobre lo que realmente sabemos de la vida, los hechos y los actos de tal soberano, sin siquiera llegar a abordar la cuestión de su verdadera personalidad. Si además tomamos conciencia del abismo cronológico que nos separa del individuo cuya historia pretendemos trazar —con el inmenso hiato cultural que ello implica— y de la infinidad de documentos concernientes al mismo que han naufragado en las aguas del tiempo, la empresa puede parecer por completo vana e ilusoria, hasta el punto de descorazonar incluso a los más entusiastas de entre los egiptólogos.

No obstante, desde el punto de vista de la naturaleza de nuestras fuentes, Amenhotep IV-Akhenatón aparece como una notable excepción en ese auténtico desierto de información propiamente histórica. De hecho, el lector amante de la egiptología sin duda quedará sorprendido, fascinado incluso —como siempre me sucede a mí—, ante la precisión y a menudo calidad de los datos que en el contexto de la historiografía faraónica nos han llegado referentes a este soberano de mediados del siglo XIV a. C. Sin embargo, no podemos utilizar esta circunstancia para sucumbir a la ilusión de que seremos capaces de conseguir un conocimiento íntimo y objetivo de ese personaje histórico que es Amenhotep IV-Akhenatón. De hecho, su figura presenta un particular y complejo problema de recepción histórica, que es completamente necesario mencionar y tomar en consideración antes de abordarla del modo en que hayamos decidido.

Por motivos diversos y convergentes —sobre los cuales retornaremos a lo largo de esta obra—, al finalizar su reinado de diecisiete años, este fá-

raón adorador de Atón como dios único fue condenado por sus contemporáneos, y sobre todo sus sucesores, a las sombras de la historia, quedando privado de cualquier memoria histórica... o casi. Para que su olvido fuera total —el mayor posible en cualquier caso— se borró cualquier traza visible de su reinado y su existencia, siendo sus monumentos desmontados de forma sistemática para encerrarlos después dentro de nuevas estructuras, lo cual tuvo la inopinada consecuencia de asegurar una mejor preservación arqueológica para los mismos. Debido a estas circunstancias, al contrario que el resto de fundadores de una religión, Akhenatón es un personaje de la historia y no de la memoria —por utilizar la acertada descripción de Jan Assmann—. En efecto, al contrario que en el caso de Moisés, Jesús o Mahoma, nuestra única fuente de conocimiento sobre su verdadera historia no es lo que sobre ellos ha conservado la memoria colectiva, sino muchos documentos contemporáneos que certifican su existencia. Una situación que, en el contexto de la historia de las religiones, resulta insólita y a primera vista incluso bastante ideal, a condición de tener en cuenta el importante y ya mencionado componente ideológico de los monumentos egipcios.

No obstante, apenas fue exhumado de las arenas del pasado y del olvido a finales del siglo XIX, Akhenatón se encontró formando parte de y siendo deformado por —en ocasiones hasta lo risible— las fantasías y necesidades de identidad de la época contemporánea con respecto al Egipto antiguo, percibido desde la Edad Media como un lejano precursor de Occidente y sus valores. De una forma insidiosa, este renacimiento, o para ser más preciso, estas recreaciones modernas del regio defensor del Atón, terminaron por hacer desaparecer la distancia existente entre el faraón del siglo XIV a. C. y nuestro presente. Por eso, en 1894, un egiptólogo tan influyente como William Matthew Flinders Petrie —el padre fundador tanto de la egiptología británica como de la arqueología científica— terminaba con estas palabras su libro sobre las primeras excavaciones sistemáticas de la capital creada por Amenhotep IV-Akhenatón en Amarna:

Por su destacada posición, la grandeza de sus cambios, la modernidad de su pensamiento y el fracaso de sus ideas, este extraño humanista es uno de

los personajes más fascinantes de la Historia; y ahora podemos mirarlo a la cara como si lo hubiéramos visto en carne y hueso.¹

Y, situación paradójica donde las haya, de forma casi inmediata el personaje de la memoria moderna, que no faraónica, el personaje de la representación cultural contemporánea, vino a desdibujar y ahogar literalmente al de la historia, que sin embargo había quedado preservado de forma milagrosa por la arqueología.

Hoy día, debido a lo que no es sino una auténtica apropiación por parte de Occidente, «seguramente, ningún otro soberano del antiguo Egipto haya hecho gastar más tinta a historiadores, arqueólogos, moralistas, novelistas y aficionados de todo tipo que Akhenatón», como muy bien decía Cyril Aldred. Las biografías del monarca atoniano, ya sean abiertamente noveladas o se tengan por científicas, son tantas que casi resulta imposible contarlas; pero casi ninguna se escapa al efecto del espejo deformante creado por las esperanzas que la época contemporánea vuelca en este atípico soberano del Egipto antiguo. En el año 2000, Dominic Montserrat publicó un notable estudio sobre esta cuestión: *Akhenaten. History, fantasy and ancient Egypt* (Akhenatón. Historia, fantasía y antiguo Egipto), en el cual definía su proyecto como sigue:

Este libro solo trata del Akhenatón histórico de forma periférica. No es una biografía del personaje, sino una metabiografía: una mirada sobre el proceso de representación biográfica. En realidad trata sobre los usos del pasado arqueológico y sobre el diálogo entre pasado y presente, sobre cómo Akhenatón es a la vez una herencia del pasado y un hecho del presente. En realidad no es Akhenatón quien me interesa, sino más bien las razones que impulsan a otras personas a interesarse por él y considerar su historia pertinente e inspiradora a pesar de que lleva muerto tres milenios.²

Una de las consecuencias de este notable trabajo de mnemohistoria —por utilizar los conceptos de Jan Assmann— realizado por D. Montserrat sobre la contemporánea y multiforme figura de Akhenatón es que, en gran medida, su biografía histórica está todavía por escribir. Como muy

bien pone de manifiesto este autor, al igual que sucedió con sus contemporáneos, por lo general los egiptólogos tampoco han sabido escapar a ese fenómeno de «alucinación cultural» que genera Amenhotep IV-Akhenatón, siendo forzoso reconocer que en muchas ocasiones han contribuido ampliamente al mismo. De este modo, si no conoce las fuentes de primera mano el lector, ya sea aficionado o egiptólogo, tiene problemas para distinguir entre aquello que tiene una base histórica y aquello que no es sino una opinión —incluso una proyección— personal del autor. ¿Cómo diferenciar entre el Akhenatón precursor de Cristo de Arthur Weigall y James Henry Breasted; el humanista científico de W. M. F. Petrie; el déspota ilustrado de Adolf Herman; el faraón racionalista de Rudolf Anthes; «el buen dirigente amante de la humanidad» de Cyril Aldred; el excéntrico degenerado, iconoclasta y dictatorial de Donal B. Redford; el primer fundamentalista de la historia de Erik Hornung; el traumatizador reformador religioso de Jan Assmann; el filósofo presocrático de James P. Allen; el falso profeta de C. Nicholas Reeves; el adolescente impetuoso y descontento de Marc Gabolde o el amante de la *realpolitik* de John Darnell y Colleen Manassa?, por no mencionar sino algunos de los muchos retratos pintados por eminentes representantes de la comunidad egiptológica, garantes de la científicidad de esa disciplina. ¿Y qué decir si añadiéramos el Akhenatón protoislámico, el de los afrocentristas, el de los padres del psicoanálisis, el de los teósofos, el de los simpatizantes del fascismo, el de los marxistas, el de los hippies, el de los raperos, el utilizado como figura señera por el movimiento homosexual e incluso el Akhenatón extraterrestre nacido de la pluma de Daniel Blair Stewart, que está teniendo un cierto éxito en internet?

Tanto la excepcional popularidad de la figura de Akhenatón como la diversidad de sus reinterpretaciones en la época contemporánea recuerdan a la egiptología cuál es su principal deber social: hacer llegar a un público lo más amplio posible el conocimiento relativo al Egipto antiguo que hoy día se puede conseguir mediante un método que se esfuerza por seguir siendo científico. Y ello a pesar de que, como sabe cualquiera interesado en la Historia, por poco que sea, el proceso mismo de escribirla implica una interacción entre el historiador y los acontecimientos que relata, es decir, una inevitable subjetividad.

En semejante contexto —en el cual de modo inextricable, y a menudo de forma casi caricaturesca, se entremezclan historias, recuerdos y reivindicaciones del pasado—, ¿cómo lanzarse a la redacción de una nueva biografía de Amenhotep IV-Akhenatón que pueda responder a lo que nuestra sociedad contemporánea legítimamente espera de la egiptología?

Dada la naturaleza de la documentación que nos ha llegado sobre este faraón y su época: restos arqueológicos, creo que la solución viene dada por sí misma. Debido a su particular historia, tanto en el antiguo Egipto (con el borrado de su memoria) como en el mundo contemporáneo (con su uso por parte de todas las causas modernas), el personaje de Akhenatón impone una biografía de un género un tanto particular, que propongo llamar biografía arqueológica. El objetivo de la misma no es reconstruir una bella historia narrativa, que satisfaga nuestro apetito por lo novelesco, sino más bien describir los acontecimientos históricos tal cual han quedado registrados de forma material y, por lo tanto, resultan imposibles de obviar. Evidentemente, tal modo de hacer obliga a renunciar a rellenar todos los baches que siembran el camino que se ha de seguir, ya se trate de pequeños agujeros presentes al borde de la ruta o de grandes puentes, en ocasiones derrumbados de forma definitiva; pero desde un punto de vista científico tiene notables ventajas, porque, además de dar prioridad a la naturaleza misma de las fuentes utilizadas en vez de a los objetivos —en ocasiones inconscientes— del historiador, obliga a este a explicitar su método interpretativo, y al hacerlo permite al lector diferenciar entre los hechos y su hermenéutica, además de comprender cómo se gestaron los conocimientos que se le presentan. Esta calificación epistemológica de las interpretaciones, que intenta encontrar las certezas de lo que es probable, verosímil, posible, incierto, indemostrable, hipotético o seductor, permite evitar la tentación de negar la subjetividad inherente a todo recorrido historiográfico, pues incorpora esta subjetividad a la exposición misma de las deducciones realizadas a partir de los hechos arqueológicos.

Espero que así esta obra proporcione al lector, cualquiera que sea su nivel de conocimiento egiptológico, un estado de la cuestión sobre lo que hoy día sabemos respecto a Akhenatón; pero también sobre lo que desco-

nocemos, entre lo cual se cuenta un buen número de datos que sin duda jamás podremos llegar a saber.

En función de lo ya dicho, de la naturaleza de los documentos producidos durante el reinado de Amenhotep IV-Akhenatón y de la del género mismo de la biografía histórica (o arqueológica, como propongo calificar a esta), he estructurado el libro en numerosos capítulos que, excepto el primero, consagrado a una —breve— síntesis sobre el descubrimiento de Akhenatón en la época moderna —algo que creo el personaje parece imponer—, se corresponden con lo que hoy día podemos calificar objetivamente como las grandes fases de la vida del rey: su infancia, su reinado antes de la llegada del atonismo, la aparición de este y el período en que el rey y su corte se trasladaron a Amarna, incluida su supervivencia *post mortem* (el último capítulo). De longitud variable, en ocasiones los capítulos pueden parecerse más a partes de un libro divididas en subcapítulos; pero semejante estructura permite dotar a la exposición de una lógica coherente con aquella intrínseca a su objetivo: la vida de Akhenatón.

Antes de sumergirnos en el tema, pido al lector que me permita algunas apreciaciones de orden más estrictamente formal.

En primer lugar, con el fin de intentar hacer justicia a la expresión que se dio a los acontecimientos en su época, he intentado citar los textos antiguos lo más a menudo posible. Al hacerlo he seguido las convenciones habituales de transcripción de la filología histórica, según las cuales los paréntesis () contienen un elemento que no está presente léxicamente en el texto, pero puede ser añadido para mejorar su comprensión y traducción; los corchetes [] contienen la restitución de un elemento que falta, total o parcialmente; y los ángulos < > la corrección de un elemento que se considera erróneo en el texto original.

Por otra parte, he seguido los usos más habituales en la egiptología francófona para la transcripción de los nombres o términos en egipcio antiguo, una lengua que en realidad solo escribe las consonantes y ciertas vocales que se comportan como consonantes en la estructura de las palabras. Por lo tanto, estas transcripciones son necesariamente convenciona-

les. El lector no ha de sorprenderse si las encuentra con ligeras variaciones en otros libros o, *a fortiori*, en otras lenguas.* Respecto al nombre del rey existe en la bibliografía relativa a la época atoniana una fluctuación —la cual puede parecer desconcertante— entre Amenofis, Amenhotep y Akhenatón. Si bien hoy día sabemos que el primero de ellos es el resultado de una lectura errónea llegada hasta nosotros por medio del griego clásico y que ha de ser abandonado en favor de Amenhotep, he decidido alternar el uso de este último —el nombre de nacimiento del faraón atoniano— y el de Akhenatón en función de la época en la que si sitúen los acontecimientos evocados, es decir, en función de que el propio rey se hiciera llamar Amenhotep o Akhenatón en ese momento concreto de su reinado. Dependiendo del autor, el lugar donde se encuentra la principal creación de Amenhotep IV-Akhenatón también aparece mencionado de diversos modos: Amarna, el-Amarna, Tell el-Amarna... Como recientemente ha comentado Sydney Aufrère, todos estos apelativos son neologismos arqueológicos, resultado de la mezcla o confusión entre los nombres de los poblados modernos existentes en el lugar y los de las poblaciones que los habitan.³ Dado que no se trata de una colina estratificada, llamadas *tell* en arqueología próximo oriental, y como el artículo árabe «el-» difícilmente se justifica delante de los nombres modernos creados por occidentales, siguiendo la costumbre más extendida en egiptología, he preferido sistemáticamente la designación de Amarna.

Desde el punto de vista estrictamente de la redacción, he intentado explotar las posibilidades que permiten los incisos y los paréntesis, pero sobre todo las notas finales, para proponer un discurso con muchos niveles de lectura, en función del grado de precisión en la información que quiera conseguir el lector del libro. Por ello las notas finales sirven, principalmente, para exponer comentarios de detalle o referencias bibliográficas destinadas a aquellos que deseen verificar por sí mismos las fuentes

*Al carecer la egiptología hispana de una tradición al respecto, he preferido seguir la transcripción propuesta por el autor, limitándome a hispanizar las palabras prescindiendo de los acentos —excepto en el caso de la palabra Amón, bien asentada en nuestra lengua— y transformando «ou» en «u», «ph» en «f»... Conviene recordar también que el dígrafo «kh» ha de leerse «j». (*N. del T.*)

mencionadas o profundizar en uno u otro de los temas tratados. Por último, quisiera disculparme ante los colegas que puedan leerme, pues para evitar sobrecargar inútilmente el texto, de forma sistemática he preferido no ofrecer toda la historia de cada una de las cuestiones que se tratan en el libro, prefiriendo exponer los hechos comprobados o los mejor fundamentados, e incluso las hipótesis que en la actualidad acepta la mayoría.